

LOPEZ ONTIVEROS, A.: «Importancia de la geografía cinegética en el contexto de la geografía agraria española», en GIL OLCINA, A.; MORALES GIL, A.: (ed), *Medio siglo de cambios agrarios en España* Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert". Alicante, 1993, 191-216.

Importancia de la geografía cinegética en el contexto de la geografía agraria española

ANTONIO LÓPEZ ONTIVEROS

*Departamento de Ciencias Humanas, Experimentales y del Territorio,
Universidad de Córdoba*

INTRODUCCIÓN

Respondiendo al significado y título de este Coloquio, en nuestro caso no se trata de una ponencia original sino de síntesis, que, por otra parte, se centra principalmente, aunque no de forma exclusiva, en los trabajos sobre geografía cinegética realizados en el Departamento de Geografía de Córdoba, cuyos hitos más importantes han sido los que siguen.

VALLE BUENESTADO, 1978, es el primer geógrafo español que recientemente intuye la importancia de la actividad cinegética en el contexto agrario español, perfilando la geografía de los cotos de caza mayor en la Sierra Morena cordobesa, así como las consecuencias económicas y sociales que se derivan de este aprovechamiento agrario.

LÓPEZ ONTIVEROS, 1980, tras dirigir una memoria de Licenciatura sobre el «Estudio geográfico de la caza en el sector de los Yébenes» (Toledo), (MARTINEZ GARRIDO, 1982), publica una comunicación sobre «el desarrollo reciente de la caza en España», cuyo contenido se ciñe al diagnóstico e indicadores de la actividad cinegética en España, caracterización de los distintos tipos de cazadores y notas sobre una geografía de la caza de nuestro país.

Como fruto, a su vez, de varios proyectos de investigación, se publican o están en vías de publicación varios trabajos entre los que se destacan los que se reseñan a continuación.

LÓPEZ ONTIVEROS 1985 y 1986, que analiza el paralelismo entre la actividad cinegética andaluza y española.

LÓPEZ ONTIVEROS Y GARCÍA VERDUGO, 1987 y LÓPEZ ONTIVEROS Y VALLE BUENESTADO, 1987 presentan el IV Coloquio Nacional de Geografía Agraria sendas comunicaciones sobre el turismo cinegético en España.

LÓPEZ ONTIVEROS, VALLE BUENESTADO Y GARCÍA VERDUGO 1988, pulican en el V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía «Caza y paisaje geográfico en las tierras béticas según el libro de la Montería» de Alfonso XI.

Sigue la traducción con amplio estudio introductorio de la *España Inexplorada* de CHAPMAN y BUCK, 1989, que tengo, como diré, por los mejores geógrafos cinegéticos de España.

LÓPEZ ONTIVEROS Y VALLE BUENESTADO (Direct.) 1989, publican *Caza y explotación cinegética en las provincias de Córdoba y Jaén*, que es el análisis y ponderación de los resultados de una amplia encuesta dirigida a los tres colectivos más directamente implicados en la caza: monteros y cazadores, titulares de cotos y sociedades de cazadores.

LÓPEZ ONTIVEROS Y OTROS, 1990, intentan en *Bibliografía cinegética de España y Andalucía* ofrecer una síntesis de lo publicado sobre el tema, esencialmente en sus vertientes geográfica y económico-social.

Y por último en prensa se encuentran LÓPEZ ONTIVEROS, 1991 «Recursos cinegéticos y desarrollo» y un número monográfico de *Agricultura y Sociedad** sobre la caza española con amplia participación de geógrafos. No queriendo el que esto escribe adelantar nada sobre el contenido de la última obra, indico, no obstante, que sí utilizo los artículos que yo he escrito: «Geografía de la caza en España» y «Algunos aspectos de la evolución de la caza en España».

Insisto, en fin, en que la ponencia que el lector tiene en sus manos sólo pretende ser síntesis de lo ya escrito y especialmente de la propia bibliografía y que de otros trabajos sólo se incluyen las referencias de los exclusivamente citados.

Así, pues, abordaré sucesivamente en base a ese material: el encuadramiento metodológico y de contenido de la Geografía Cinegética dentro de la Geografía Agraria; el reciente «boom» cinegético español y sus implicaciones respecto al desarrollo local; la geografía de la caza en España tanto en su vertiente histórica como actual; y algunas claves históricas, útiles para la comprensión de la geografía y evolución cinegéticas españolas.

OBSERVACIONES METODOLÓGICAS Y DE CONTENIDO SOBRE GEOGRAFÍA CINEGÉTICA

Como muchas otras actividades, la caza tiene una manifestación espacial y de aquí que pueda ser considerada objeto de la geografía y ser expli-

* El número monográfico ya ha aparecido y es: *Agricultura y Sociedad*, nº 58, enero-marzo, 1991, 430 pp.

cadasciamente las distribuciones a que da lugar. Hoy, además, la importancia geográfico-agraria de la caza en España se ve realizada porque buena parte del territorio español está dedicado exclusiva o secundariamente a esta actividad.

Pero, qu es lo que se estudia como geográfico en la caza? los cotos y sus titulares, los cazaderos y sus usuarios, las licencias, las rentas cinegéticas, las especies cazables, los sistemas de caza, etc.? Como no hay experiencia en este tipo de estudios, epistemológicamente poco se puede decir al respecto, pero sin perder de vista la Geografía Agraria en la que la actividad cinegética se incardina, podría afirmarse: cotos y sus titulares se corresponderían con estructura de propiedad; especies cazables con las ganaderas en el caso de la actividad pecuaria; y el resto de los hechos reseñados, genéricamente, quedarían comprendidos en los sistemas de explotación y rentas generadas o percibidas. En este esquema se resalta la importancia de los cotos, unidades básicas de estructura y toma de decisiones, como la finca en general lo es en Geografía Agraria.

Por otra parte, la secuencia lógica de escalas para estudiar la caza en España puede ser: estado, regiones o comunidades autónomas, provincias, comarcas, cotos. A las tres primeras se refieren en general las estadísticas nacionales que existen; las comarcas son ineludibles en cualquier estudio geográfico de detalle; y los cotos, también desde esta óptica, constituyen una escala básica porque la ordenación y explotación de la caza por un titular generalmente se refieren al coto. Por debajo del coto, estudios y relatos cinegéticos aluden con frecuencia a las «manchas» o diferentes sectores de cotos con individualidad propia en la celebración de cacerías porque presentan caracteres peculiares de topografía, vegetación, etc. Su funcionalidad es tan importante que deciden generalmente la forma de montar el coto (CECILIA GÓMEZ Y MARTÍNEZ GARRIDO, 1986). Creo no, obstante, que para el geógrafo la mancha es escala demasiado de detalle y por tanto menos significativa, como la parcela es clave para el agricultor y el agrónomo pero menos para el geógrafo. Por la índole de este estudio, nosotros nos referimos sobre todo a la escala nacional y regional.

Es lógico que la mayor parte de los tratadistas de caza no confieran a sus escritos óptica geográfica alguna. En general, utilizan unos «geografismos» de apoyo que les facilitan la localización pero que poco le sirven para la explicación de las distribuciones cinegéticas. Como excepción me parece muy interesante y convincente la óptica de TERRÓN ALBARRÁN, 1975 que interpreta la caza en Extremadura no sólo en función de clima y vegetación sino también de relieve.

EL «BOOM» CINEGÉTICO ESPAÑOL

Los indicadores del «boom» cinegético

He abordado este tema en LÓPEZ ONTIVEROS, 1980, 1985 y 1986, siendo también útiles para su comprensión URQUIJO 1981 y 1986, METRA SEIS 1976 y 1985, CECILIA y MARTÍNEZ GARRIDO 1986, actas de las distintas jornadas y congresos que sobre la caza regional o nacional se han celebrado últimamente, GARCÍA DE MUNUAGA, 1988, LÓPEZ ONTIVEROS Y VALLE BUENESTADO (Direct.), 1989, etc.

Todos los autores están de acuerdo en la existencia de un auténtico «boom» reciente de la caza en España, que se puede constatar con tres indicadores claros, de desigual valor, pero muy significativos:

A) *Licencias de caza*. De 1940 a 1987 estas licencias pasan de 139.918 en 1946 —el número más bajo del período— a 1.283.353 en 1987, lo que supone un incremento de más de un millón. Este aumento es especialmente vigoroso con posterioridad a 1960, coincidiendo regurosamente con el «desarrollismo» subsiguiente al Plan de Estabilización y con el incremento esplendoroso de la motorización. En los dos últimos años del período se ha originado un retroceso leve del número, que no sabemos si será sólo coyuntural. Aunque no coinciden exactamente con cazadores, aquéllas denotan fehacientemente que el aumento de la caza en España ha sido fantástico.

B) *Espacios cinegéticos*. Las tierras sometidas a régimen especial según la vigente Ley de Caza, en 1986 son las siguientes:

Tipo	Superf. Has.	% acotado	% Superf. nacional
Refugios de Caza	13.476	0,04	0,03
Reservas Nacionales de Caza	1.224.690	3,09	2,43
Tierras de Caza Controlada	1.137.255	2,86	2,26
Cotos Nacionales	152.550	0,39	0,30
Cotos Locales	424.492	1,07	0,84
Cotos Sociales	526.999	1,33	1,05
Cotos Privados	36.174.723	91,22	71,78
TOTAL	39.654.455	100,00	78,69

Fte.: Anuario Estadística Agraria, 1987, pág. 586.

Obsérvese en el cuadro: el alto porcentaje de tierras acotadas bien para cazar bien para evitar que se cace; dentro de ellas el predominio abrumador de los cotos privados; la correlativa debilidad de tierras acotadas con fines de protección o de fomento por causas científicas, turísticas o cinegéticas, así como de acotados para satisfacer la caza popular y de carácter social. De

aquí que en España la estructura cinegética propicie un conflicto social inevitable, ya que la gran presión cinegética existente no puede satisfacerse a niveles populares con tan pocos cotos de tipo social y abrumadora mayoría de grandes cotos privados.

C) *Significado económico de la caza.* Se acostumbra a abordar en tres aspectos principales: caza y generación de renta; caza y creación de puestos de trabajo; caza y turismo cinegético. Pero estos ítem son de tal importancia que exigen epígrafes separados.

La renta generada por la caza

Los Anuarios de Estadística Agraria ¹ del M.A.P.A., de forma muy parcial y fragmentaria, señalan y cuantifican sólo algunos capítulos de la renta generada por la caza. Estos son los valores de los consignados por el de 1987:

Valor de las piezas cobradas.....	7.743 M.M. ptas.
Valor de ingresos complementarios o sea percibidos por la utilización cinegética de las tierras.....	7.025 M.M. ptas.
Importe licencias de caza	2.167 M.M. ptas.
TOTAL	16.838 M.M. ptas.

De forma más analítica —aunque no podemos entrar en detalle— los estudios de METRA SEIS nos ofrecen un cálculo sistemático de renta generada por la caza. El de 1976 estima la contribución de la actividad cinegética en la generación de renta en 17.572,2 M.M. ptas. y el de 1985 en 78.963,4 M.M. ptas., calculándose, según proyección que se hace en el estudio, que la renta cinegética en 1990 habrá crecido en 38% o sea que ascendería a 109.070 M.M. ptas., expresados en moneda constante de 1985.

Los puestos de trabajo creados por la caza

METRA SEIS, 1976 los evalúa en 24.075 puestos de trabajo directos descompuestos en 23.260 de empleo fijo (guardas, alimañeros y otros) y 815 equivalentes de empleo eventual (ojeadores, secretarios, rehaderos) que percibirían un volumen de salarios estimado en 6.225 M.M. ptas.

METRA SEIS, 1985, respectivamente calcula los anteriores capítulos en 15.187, que son fruto de la suma de 11.187 y 4.000. Sorpresivamente estos puestos de trabajo son inferiores en casi 9.000 a los de 1976.

1. Redactada ya esta Ponencia ha aparecido el Anuario de Estadística Agraria de 1988 del M.A.P.A., cuyos datos no alteran sustancialmente los contenidos en el de 1987.

Novedad importantísima en este último estudio es que aparece la distribución de la renta cinegética y empleo por comunidades autónomas, como puede verse en el Cuadro que sigue:

DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA GENERADA Y EMPLEO CINEGÉTICOS

Autonomía	Renta generada		Guardas		Jornales event.	
	MM. ptas.	%	Nº	%	Nº	%
Andalucía	15.886,0	20.2	1.880	16.8	194.000	17.4
Aragón	4.434,9	5.6	1.056	9.4	24.525	2.2
Asturias	825,1	1.0	346	3.1	31.875	2.9
Baleares	1.306,9	1.7	89	0.8	—	—
Canarias	562,5	0.7	9	0.1	—	—
Castilla-León	11.266,5	14.3	2.125	19.0	87.250	7.8
Castilla-La Mancha	17.203,1	21.8	2.261	20.2	633.675	56.7
Cataluña	5.036,3	6.4	640	5.7	4.500	0.4
Extremadura	7.677,4	9.7	1.018	9.1	109.215	9.8
Galicia	2.988,9	3.8	436	3.9	2.400	0.2
Murcia	1.186,8	1.5	203	1.8	—	—
Navarra	1.416,0	1.8	246	2.2	4.425	0.4
País Valenciano	3.786,6	4.8	455	4.1	75	—
País Vasco	1.785,0	2.4	76	0.7	—	—
Madrid	2.349,6	3.1	147	1.3	14.500	1.3
La Rioja	666,5	0.8	106	1.0	2.700	0.2
Cantabria	359,0	0.5	94	0.8	7.575	0.7
Total	78.891,4	100.0	11.187	100.0	1.116.775	100.0

Fuente: METRA SEIS *Turismo cinegético en España*. 1985, pp. 122 y 184.

Obsérvese en este estado la importancia decisiva al respecto de Andalucía, Castilla-León, Castilla-La Mancha y Extremadura que concentran el 66% de la renta cinegética, el 61,5% de guardas y el 91,78% de jornales eventuales (sólo Castilla-La Mancha el 56,7% de este concepto). Como veremos más adelante, esta distribución diseña en España a unas regiones como «ofertantes netos» de caza y a otras como «demandantes netos», en desequilibrio muy marcado y coincidiendo muy significativamente las primeras con las comunidades más pobres.

Turismo cinegético

Se entiende que el turismo cinegético (T.C.) comprende dos tipos de practicantes: el *turista cazador*, «cuyo ocio primordial no está constituido por la caza en sí misma sino que, con ocasión de las vacaciones, estancias prolongadas o estancias de fin de semana, vacaciones en un balneario, quiere pasar algunos momentos de esparcimiento con la caza», y el *cazador turista*

para el que el motivo principal del desplazamiento, y no de forma secundaria, es la caza apareciendo las demás actividades recreativas como secundarias (BADELENT, 1985). Nos referimos aquí sobre todo al segundo.

Hay que distinguir, por otra parte, entre *turismo interior* y el extranjero. El primero se deduce de la propia estructura de nuestra geografía cinegética, como se vio, con regiones que son ofertantes netos de caza y otras demandantes netos. Estoy convencido, porque es obvio, que este T.C. es, con diferencia, el más importante, pero, desgraciadamente, lo desconocemos casi totalmente. Lo que sobre él dice METRA SEIS 1985 es poco y además sin fundamento. Se limita a establecer unos mapas y cuadros porcentuales de «flujos de cazadores intercomunidades», cuya fuente y cifras absolutas no aparecen por ninguna parte.

Para las provincias de Córdoba y Jaén los flujos de cazadores fueron objeto de estudio en LÓPEZ ONTIVEROS Y VALLE BUENESTADO (Direct.) 1989 y algo sabemos de ellos, ahora con fundamento, al haber indagado lugar de residencia de monteros y cazadores y procedencia de éstos, según estimaciones de los titulares de cotos y las sociedades de cazadores.

Respecto al T.C. *extranjero* conocemos mejor sus datos y problemática, para lo que remitimos a LÓPEZ ONTIVEROS Y VALLE BUENESTADO, 1988 y LÓPEZ ONTIVEROS Y GARCÍA VERDULO, 1988, que aquí sólo sintetizamos brevemente. Responde este T.C. a una demanda internacional clara que se caracteriza por: exigencia por unos de trofeos de calidad, y por otros de abundancia de caza, que asegure la certeza en el disparar; especies endémicas no existentes en otros lugares o que no puedan capturarse en el país de origen; interés muy matizado y relativo por otras actividades turísticas complementarias (culturales, históricas, gastronómicas, etc).

Para enfrentarse con esta demanda, España, desechando todo triunfalismo («la caza española como potencial del más alto nivel», «coto de Europa», «paraíso venatorio»), en caza mayor sólo puede ofrecer el rebeco, sarrio y en especial el macho montés, no pudiendo competir con el exotismo y abundancia de safaris de los países africanos ni con los mejores trofeos de algunos países europeos respecto a especies comunes. En caza menor de pluma nuestra gran oferta es la perdiz roja española que todos elogian como soberbia y única y prácticamente exclusiva de España.

De acuerdo con esta oferta, nuestro T.C. extranjero en 1983-84 alcanza una suma modesta de 22.300 visitantes, 88,8% para caza menor y 11,2% para caza mayor, en un 85% europeos y en casi un 50% italianos y en un 9,46% de Estados Unidos. Los ingresos que este turismo generó fueron modestos: sólo el 8% de la renta total generada por la caza, aunque con un alto

gasto medio por turista, pese a que se trata de un turista cinegético más bien «pobre», como denota la alta procedencia europea e italiana.

Pese a ello, desde un punto de vista estrictamente turístico, es actividad muy interesante porque en general se trata de un turismo más selecto, sobre todo si es de trofeos, porque es complemento magnífico, ya que se realiza en especial en invierno que es temporada baja para otro tipo de estancias y porque actúa como líder de imagen para la promoción turística en general del país que lo practica. Por contra, tiene el T.C. unos altos costes agrarios y ecológicos (cerramientos, «game management», especulación de fincas) y cinegéticos (oposición irritante de los modestos cazadores autóctonos agobiados por la escasez de caza), por lo que nuestras conclusiones sobre él siguen siendo tan cautelosas como en 1988: es muy modesto tanto por el número de cazadores como por la renta generada, y aunque pueda expandirse, ni España puede ni debe convertirse en coto de Europa, ni le va a venir a las comarcas cinegéticas la salvación por esta vía; por sus importantes consecuencias de todo tipo la Administración respecto al T.C. no debe refugiarse en la política del «laissez faire» y dejar a la iniciativa privada campo libre.

Recursos cinegéticos y desarrollo local: limitaciones y objeciones

De cuantos datos preceden se deduce claramente que el «boom» cinegético español es fantástico en los últimos años, como el número de cazadores y los espacios cinegéticos implicados en esta actividad lo muestran fehacientemente. Y ello además confiriendo gran singularidad a España en el diseño de su recreación rural.

Los triunfalistas y defensores a ultranza de la caza creen además, no sólo que ello es así, sino que, como corolario de lo anterior, el significado económico de esta actividad es muy importante y que además ella puede ser instrumento de desarrollo local especialmente en zonas, comarcas y pueblos hoy muy atrasados y con grandes posibilidades cinegéticas.

Para nosotros, no obstante, aún admitiendo que la caza genera la renta que se le atribuye, crea los puestos de trabajo que se le han asignado y desencadena un T.C. como el previsto, el problema está en que tales recursos, objetivamente analizados y sin triunfalismo, son muy limitados, y en que existen muchas objeciones concretas y constatables, según las cuales una parte importante de los recursos generados por la caza se desvían o invalidan, de forma que no benefician a las comunidades locales de las comarcas cinegéticas.

Respecto a las objeciones concretas antes aludidas sobre la relación entre caza y desarrollo local, he aquí las principales que proceden —aunque no

exclusivamente— de nuestra encuesta realizada en las provincias de Córdoba y Jaén.

1º. Está claro el hecho que entre monteros y cazadores es escaso el significado de agricultores y ganaderos —9,1%— con el consiguiente predominio del mundo urbano sobre el rural. Es lógico, por lo demás, que muchos de los cazadores de esta procedencia «pretendan, si pueden, estabilizar sus posibilidades de caza adquiriendo cotos y fincas cinegéticas». De lo que a su vez puede inferirse que no es demagogia afirmar que con la caza se drenan muchos beneficios del campo a la ciudad, aunque evidentemente también existen flujos de signo contrario.

2º. Son muchos los indicios que confirman que la montería —y no digamos la más modesta «cacería»— tiene con frecuencia un carácter bastante cerrado, poca significación económica, es ajena a lo que se conoce por T.C., y es practicada por una capa social urbana y burguesa, nueva versión del elitismo cinegético tradicional.

3º. En relación con el rentabilismo de la caza española, merece la pena reseñar los datos directos que se poseen sobre la gestión cinegética de los cotos españoles. Según METRA SEIS, 1985, esta es la situación:

- a) Cotos bien gestionados (protección, conservación y fomento, ojeo principalmente) 6%.
- b) Cotos regularmente gestionados (protección y conservación, con guarda generalmente) 28%.
- c) Cotos escasamente aprovechados, con caza reducida 42%.
- d) Cotos abandonados, sin apenas caza 24%.

4º Según todo lo dicho en los apartados precedentes, creo que no deben sorprender las limitaciones explícitas que las mismas comunidades locales atribuyen a la caza en relación con su propio desarrollo, que son las siguientes:

— Si bien se reconoce mayoritariamente que algunas actividades locales se ven favorecidas por la práctica de la caza (por este orden: hostelería, armería, personal contratado, carnicerías, taxidermia) no deja de sorprender que un 12,6% de propietarios de cotos y un 21,3% de sociedades de cazadores se inclinen por «ninguna».

— Como ha sido una constante de la historia española y «aunque algunos se empeñen en negarlo», una amplia mayoría opina que la caza origina daños y problemas no despreciables a los cultivos y ganadería.

— Y por último, como con frecuencia los cotos son enclaves de poderosos forasteros en términos serranos, que ni siquiera ceden ningún aprovecha-

miento cinegético a los cazadores locales —así lo declaran el 96,5% de los titulares de los cotos—, el conflicto con éstos está servido: incremento de la presión venatoria en los reducidos espacios libres, fomento del furtivismo, provocación de incendios forestales, litigios de todo tipo.

Los distintos tipos de cazadores

No mucho he de añadir al elenco de tipos —cazadores ilustrado o distinguido, modesto, furtivo, urbano y cazador turista extranjero—, que han protagonizado el «boom» cinegético español, que caractericé en LÓPEZ ONTIVEROS, 1980. No obstante me parecen pertinentes algunas precisiones.

Con sinceridad y lógica difícilmente vulnerables, GARCÍA MUNUAGA, 1988 se ha extendido en las imprecisas fronteras que separan el cazador rural modesto del furtivo y en las razones de éste: «toda esta protección —dice— ha sido para que una sociedad privilegiada se hiciera dueña no sólo de los terrenos, sino también de los animales que los pueblan. Ante este injusto reparto, el cazador no se conforma y en todas las épocas aparece el llamado furtivo». «Cazador que nunca fue furtivo, probablemente tampoco fue nunca cazador» etc. Esta ambigüedad tipológica, en mi opinión, es demostrativa de la conflictividad de la caza misma.

Los furtivos, digamos que puros, responden a dos tipos: el tradicional que nadie ha caracterizado mejor que BERENGUER 1983 y el neofurtivo de origen más urbano que rural, extracción social no baja, medios de desplazamiento y captura modernos, formando bandas para actuar e incluso incardinados en redes de ofertas y mercados de carne y trofeos, amparado en la obsolescencia de las sanciones de la legislación de caza etc. (URQUIJO, 1987).

Por último, el turista cinegético extranjero ha recibido una caracterización empírica en METRA SEIS 1985, en aportaciones de jornadas de turismo cinegético y en dos artículos monográficos sobre el tema ya comentados.

Para el cazador y montero en las provincias de Córdoba y Jaén, de forma bastante precisa se conoce su perfil demográfico, económico y sociológico, su procedencia geográfica, motivaciones cinegéticas o de otra índole en la práctica de este deporte, etc. (LÓPEZ ONTIVEROS Y VALLE BUENASTADO (Direct.), 1989).

Las causas generales del «boom» cinegético

Creo que nada debo añadir al análisis que hice sobre las causas comunes a la expansión cinegética y a la recreativa que son: descenso de horas de trabajo y aumento del tiempo de ocio así como las pautas más flexibles por las que se rige éste; aumento de la renta familiar disponible, e incremen-

to de la movilidad tanto por lo que se refiere al desplazamiento hasta los cazaderos como a la movilidad dentro de éstos con el todoterreno.

Respecto a las causas específicas del «boom» cinegético en España, todo apunta a la confirmación de la idoneidad de parte de España para esta actividad, a la adecuación de las estructuras agrarias —de propiedad especialmente— de buena parte de la montaña media española para los acotados de caza, y al papel desencadenante y primordial que la crisis agraria de la sierra española desempeñó en la configuración del «boom» cinegético (LÓPEZ ONTIVEROS, 1989). Poco seguimos sabiendo de las razones precisas por las que buena parte de los urbanos y rurales que practican la *rural recreation* se inclinan en España casi exclusivamente por la caza. La reciente y precipitada emigración a la ciudad, la tradicional práctica de esta actividad en el campo español, el amor a las armas de fuego por un pueblo que no renuncia fácilmente a la violencia, el efecto demostración desencadenado por políticos cazadores etc., son sugerentes pero incompletas explicaciones de un hecho profundo, no sólo geográfico y sociológico, sino también antropológico.

LA GEOGRAFIA DE LA CAZA EN ESPAÑA

España de siempre país de caza

No obstante el reciente «boom» cinegético español, por mor de las causas permanentes y, especialmente las de tipo físico que lo fundamentan (relieve, vegetación, distribución del poblamiento adaptada a aquél), éste se enraiza históricamente en el hecho de que España de siempre ha sido un excelente país de caza, aunque adaptándose su concreta geografía a los variables parámetros que imponen los signos de los tiempos. Para probar todo ello nada mejor que reseñar algunos de los principales hitos que bosquejan la geografía cinegética española.

En el siglo XIV, aparece el *Libro de la Montería* de Alfonso XI, cuyo libro tercero ofrece una excepcional geografía cinegética que con justeza exalta CASARIEGO, 1976;

«Y lo más importante... es que estudia a fondo la geografía de la caza hasta llegar a los más alejados rincones y las últimas posibilidades en la fauna mayor. El país es conocido, cinegéticamente, por el Cuerpo de los monteros reales como la palma de la mano. Se sabe cuáles y cuántos los «montes de oso» y cuáles y cuántos los «montes de puerco» o los de ambas especies a la vez, y cuáles son de «verano» y cuáles de «invierno», por dónde se va a ellos, con caminos, sendas y veredas, ciudades, villas, aldeas y caseríos, en verdaderos itinerarios. Y se conoce su contorno, su topografía con cuevas, cuerdas, sopiés, hocinos, ríos, arroyos y lagunas, y hasta las querencias de las reses y las mejores paranzas, o

sea, puestos de armadas. Nunca hasta nuestros días y con todos los instrumentos de nuestra civilización técnica, se había hecho un estudio tan completo y riguroso de la geografía venatoria, como ese de la baja Edad Media, que se recoge en el Libro de Alfonso XI.»

Todos estos extremos se van comprobando empíricamente por estudios concretos que se van haciendo para casos particulares: HERNÁNDEZ PACHECO, 1952, TERRÓN, 1975 para Extremadura, G. DE ANDRÉS, 1979-1988 para la provincia de Madrid, LÓPEZ ONTIVEROS, VALLE BUENASTADO Y GARCÍA VERDUGO, 1988 para Andalucía. Y las conclusiones en todos los casos son las mismas: carácter fidedigno en general de la localización de cazaderos y con gran detalle, y coincidencia sorprendente entre la forma en que entonces y ahora se cazaban aquellos montes, o sea, «que eran las mismas las vocerías..., que los podenqueros soltaban sus perros en los mismos sitios y que los pasos se cubrían de idéntica manera que en aquella remota época».

En la *Edad Moderna*, la literatura cinegética de los siglos XVI y XVII —en algunos casos de extraordinario valor literario— y menos la del siglo XVIII ofrece una geografía cinegética nada sistemática en la que se consignan sobre todo los cazaderos reales y algunos señoriales, principalmente castellanos y próximos a Madrid, de acuerdo con el centralismo de la época y con medios de desplazamiento poco eficaces. Sobre todo en la época de esplendor de este patrimonio y de los grandes reyes cazadores como Felipe IV, las fincas del Real Patrimonio o Reales Sitios eran las que siguen, según el DUQUE DE ALMAZÁN, 1934:

- | | |
|---|-------------------------------------|
| —La Casa de Campo | —Palacio y Bosque del Pardo |
| —Bosque de la Sagra | —Palacio y Bosque de la Zarzuela |
| —Palacio Real de Valladolid y su Ribera | —Palacio y Bosque de Lomo de Grullo |
| —Casa Real de la Fuenfría | —Palacio y Bosque de Balsaín |
| —Casa y Bosque de La Quemada | —Palacio y Bosque del Albrojo |
| —Casa y Bosque del Madrigal | —Palacio y Bosque de Aranjuez |
| —Soto de Roma | —Palacio y Bosque del Escorial |
| | —Palacio y Bosque del Buen Retiro |

El exterminio de la caza en estas fincas se consuma en el período que transcurre entre la salida de España de Carlos IV y la restauración de Fernando VII y durante la Revolución de 1968 y la I República. Con el advenimiento al trono de Alfonso XI y Alfonso XII aunque se recuperan algo, sin embargo, no presentan ya ni sombra de su pasado esplendor.

A tenor de la evolución general agraria del *siglo XIX* los espacios agrícolas se expanden a costa de montes y cazaderos antes generalizados, produ-

ciéndose un máximo histórico del acantonamiento de la caza —especialmente de la mayor— en las zonas más aisladas e inhóspitas de la geografía española. Probablemente la más emblemática de ellas es Sierra Morena, para cuyo análisis contamos con un testimonio cinegético de gran interés: *Las monterías de Sierra Morena a mediados del siglo XIX* de MORALES PRIETO, 1977.

Pero el resultado de este proceso de acantonamiento de la caza a reducidos geográficos segregados de los espacios agrícolas nadie la ha tratado con más perspicacia y competencia que los británicos CHAPMAN Y BUCK en *Wild Spain* de 1983 y *Unexplored Spain* de 1910. Precisamente su punto de partida es el anteriormente consignado:

«La España que amamos y sobre la que escribimos no es la España del turista o el trotamundos. Estos se contentan con las rutas y carreteras principales que enlazan una ciudad con otra; algunos, como mucho, se aventuran por los caminos secundarios. Pero nuestra España empieza donde éstos terminan. Nosotros escribimos sobre sus extensiones solitarias e inaccesibles, sobre sus estepas y praderas desoladas, sobre sus humedales y tierras de montaña; y también, sobre sus sierras majestuosas, algunas poco menos que inaccesibles, y en muchos casos no holladas por más pie británico que el nuestro»

Derivan de ello, con justeza, primero las causas físicas que hacen a España un «paraíso cinegético» a saber: su relieve y clima, su vegetación, la renta de situación al estar en las rutas migratorias de las aves Eurasia-África, la gran extensión, en fin, de terrenos no cultivables. Complementan, en segundo lugar, todo ello con causas humanas, permanentes y estructurales unas y cambiantes otras. Y pasan luego a una presentación general de la geografía cinegética española y a la descripción de sus cazaderos más concretos, tales como Doñana y las Marismas, Daimiel, Albufera y Calderería de Valencia, Gredos, Sierra Morena, Extremadura etc. En conclusión, sin ser geógrafos Chapman, y Buck, en mi opinión, son los autores que mejor han abordado la geografía cinegética española. Ésta sin duda, después de ellos, se ha modificado, pero las causas y explicaciones generales que le confirieron en buena medida siguen estando vigentes.

El período de la geografía cinegética que periclita con la guerra civil puede cerrarse con «la relación de los cotos que existieron en España hasta el 15 de febrero de 1931», incluida en la *Historia de la montería en España* del DUQUE DE ALMAZÁN, 1934, en la que los cotos relacionados son 45, con expresión siempre de sus nombres y titulares, y ordenados en regiones cinegéticas que son: 1) Montes de Toledo; 2) Sierras de Extremadura; 3) Andalucía Manchega (o nororiental); 4) Sierra Morena en Andújar; 5) Sierra Morena en la parte de Hornachuelos; 6) Cotos del Sur de España; 7) Cazaderos de

monteses. Se ha dicho de esta relación —y con razón dada su exigüidad— que solamente se refiere a los cotos que personalmente había monteado el autor. Pero ello no es obstáculo para que haya que reseñar algunos aciertos de la aportación: la regionalización de los cotos para la montería, la importancia de la llamada «época de oro de la montería española» (1915-1931), la estructura de las manchas y evolución de muchos de estos cotos.

Inmediatamente después de la guerra civil el CONDE DE YEBES, 1943, publica su conocida obra *Veinte Años de Caza Mayor*, que mereció el brillante prólogo de Ortega y Gasset y que puede considerarse como una continuación de la geografía cinegética española pergeñada por Chapman y Buck. En opinión de Terrón es «el primer intento loable de ejecutar un auténtico mapa venatorio español». Comprende el mapa venatorio de España y su descripción, extracto de la clasificación del Duque de Almazán y el análisis de la situación de sus distintas zonas tras la guerra civil y un capítulo, «España, país de caza», o reflexiones sobre el conjunto de su riqueza energética.

El mapa venatorio del Conde Yebes, constituido por quince «regiones cinegéticas», merece en mi opinión los siguientes comentarios:

- Sistematiza para el conjunto de España todas las zonas de caza mayor existentes —y no sólo las de montería—, incluyendo también la caza de altura del norte de España, con lo que no queda reducido el mapa cinegético a la mitad meridional, aunque aquí se encuentre su base.

- Las unidades regionales o comarcales expuestas, quizás abusando de la descripción, en general se delimitan nítidamente, aunque geográficamente las denominaciones pueden ser imprecisas, incoherentes y aún incorrectas.

- La explicación que se hace del mapa, que denota un profundo conocimiento del tema, desciende a detalles no sólo comarcales sino de valles, términos, parajes, macizos, montes, bosques, cotos, fincas, manchas, etc., precisando a veces puntos de partida para las excursiones, itinerarios, alojamientos... Concebido, no obstante, como meramente descriptivo, de la existencia o inexistencia de caza y sus especies, que se detallan meticulosamente, generalmente no se da explicación alguna.

La actual geografía cinegética española

En este epígrafe, como mínimo, sería necesario incluir algunas observaciones sobre la geografía de las especies de caza españolas junto con el análisis de los principales espacios cinegéticos españoles. Pero por razones de espacio sólo abordaremos el segundo tema.

En el cuadro que se adjunta se consignan para las distintas comunidades autónomas cinco indicadores, que nos permiten diagnosticar su demanda —número de licencias de caza— y oferta —los cuatro restantes indicadores— cinegéticas. Si el porcentaje de lo que se considera demanda es superior a todos los que se refieren a indicadores de oferta es claro que estamos en presencia de «demandantes netos» y, en caso contrario, de «ofertantes netos». Existen, no obstante, algunos casos de más dudosa interpretación. De acuerdo con ello y según puede observarse este es el resultado:

Como claros ofertantes de caza aparecen Castilla-La Mancha y Extremadura y como dudosos, aunque con tendencia a serlo, Aragón y Castilla-León. Andalucía se perfila nítidamente como uno de los principales productores, pero presentando cierto equilibrio entre oferta y demanda.

Como demandantes netos están: Galicia, Asturias, País Vasco, la Rioja, Cataluña, Madrid, Valencia y Murcia. No tan nítidamente, pero con tendencia a serlo, lo son Cantabria y Navarra. Baleares en conjunto aparece también como claro demandante, excepto en caza menor, por la importancia de «otra caza volátil» en la que se incluyen las aves de paso. Para Canarias, por su exigua significación cinegética, es imposible un diagnóstico.

De acuerdo con todo esto y si en el análisis se hacen jugar los datos provinciales, se ve claramente que los cazadores se concentran sobre todo, como ya sabemos por síntesis geográficas anteriores, en Montes de Toledo, Sierra Morena, Sierras de la Penillanura Extremeña, y, en menor medida, rebordes montañosos de Aragón y Castilla-León. En general hoy la caza rehuye la Iberia húmeda. Esta geografía cinegética desde el punto de vista físico en buena medida coincide con la Iberia silíceo y montañosa de la Meseta y sus rebordes y también con el monte y maquis mediterráneo de ésta, pero igualmente, desde el punto de vista humano, con las zonas más despobladas por el éxodo rural y por el enrarecimiento secular de su poblamiento. No sabemos en qué medida éstos y otros parámetros explicativos condicionan la geografía cinegética. Y para que quede aún más patente que no son posibles explicaciones simplistas: a nivel de comunidades autónomas no hay relación significativa alguna entre importancia cinegética y porcentaje de superficie no cultivada, aunque pueda existir en algunas de aquéllas a escala comarcal o quizás —no lo sé— provincial. No se cumple, pues, aquí lo que se ha tenido por dogma a escala española. Por tanta duda, pues, no conviene creerse que conocemos la geografía española de la caza; ello sólo será posible cuando tengamos un mapa completo de cotos y sistemáticamente reflexionemos sobre los parámetros geográficos —físicos y humanos— que la condicionan.

INDICADORES DE OFERTA Y DEMANDA CINEGÉTICAS

Comunidades Autónomas	Licencias de Caza *		Piezas Caza Mayor *		Peso Caza *		Cotos Privados **		Renta Generada por caza ***	
	Número	%	Número	%	To	%	Has.	%	MM. Plas.	%
Galicia	94.067	7.3	345	0.5	293	1.6	1.472.510	4.4	2.988.9	3.8
P. de Asturias	30.954	2.4	972	1.5	56	0.3	490.340	1.5	825.1	1.0
Cantabria	13.387	1.0	741	1.2	36	0.2	156.970	0.5	359.0	0.5
País Vasco	74.153	5.8	501	0.8	64	0.4	267.506	0.8	1.785.0	2.4
Navarra	29.328	2.3	2015	3.2	245	1.4	759.000	2.3	1.416.0	1.8
La Rioja	12.114	1.0	592	0.9	86	0.5	314.347	0.9	666.5	0.8
Aragón	50.791	4.0	5933	9.3	461	2.6	3.317.507	10.0	4.434.9	5.6
Cataluña	134.648	10.5	3671	5.8	782	4.4	2.163.494	6.5	5.036.3	6.4
Baleares	26.091	2.0	—	—	2.158	12.1	312.400	0.9	1.306.9	1.7
Castilla-León	113.190	8.8	4.966	7.8	1.222	6.9	6.995.202	21.0	11.266.5	14.3
Madrid	78.257	6.1	258	0.4	482	2.7	481.434	1.4	2.349.6	3.1
Castilla-La Mancha	90.071	7.0	13.497	21.9	3.873	21.8	5.942.106	17.8	17.203.1	21.8
C. Valenciana	127.240	9.9	1.176	1.8	367	2.1	1.607.650	4.8	3.786.6	4.8
R. de Murcia	38.131	3.0	96	0.2	28	0.2	711.104	2.1	1.186.8	1.5
Extremadura	61.625	4.8	9.475	14.9	1.555	8.7	2.855.436	8.6	7.677.4	9.7
Andalucía	265.922	20.7	18.931	29.8	5.958	33.5	5.453.040	16.4	15.886.0	20.2
Canarias	43.384	3.4	—	—	112	0.6	30.686	0.1	562.5	0.7
ESPAÑA	1.283.353	100.0	63.619	100.0	17.778	100.0	33.330.732	100.0	78.891.4	100.0

* Anuario de Estadística Agraria 1987.

** Memoria de I.C.O.N.A. 1983.

*** METRA SEIS: Turismo Cinegético en España, 1985

A la vista, no obstante, de las comunidades ofertantes y demandantes de caza, no es cierto que todas las comunidades —e incluso provincias— «pobres» sean importantes cinegéticamente pero sí que lo son especialmente algunas que sin duda lo son. Y, a *sensu contrario*, que todas las más ricas estén entre las demandantes. Que esta coincidencia responda a una cierta homogeneidad de medio físico no es admisible geográficamente por lo que tiene que existir correlación nítida entre importancia de la caza y renta familiar disponible per cápita, como expusimos y probamos en 1980. De ello se deduce que en la geografía española de la caza son fundamentales los flujos de cazadores entre comunidades y provincias demandantes y ofertantes, que hasta ahora se han intuido más que conocido, y que no están cuantificados, como ya hemos aludido.

ALGUNAS CLAVES HISTÓRICAS PARA LA COMPRENSIÓN DE LA GEOGRAFÍA Y PROBLEMÁTICA CINEGÉTICAS ESPAÑOLAS

Paralelamente con esta interpretación histórica de la geografía española, cabe, con igual perspectiva evolutiva, desarrollar algunas ideas directrices y

reseñar algunos hechos esenciales que configuran la actividad cinegética a lo largo de nuestra historia y que aún pesan en el momento actual.

Caza mayor versus caza menor en la Edad Media

Todas las fuentes cinegéticas conocidas para la Edad Media apuntan a que uno es el mundo de la caza mayor y otro muy distinto el de la caza menor.

La caza *mayor* era privilegio exclusivo del Rey y la nobleza y las excelencias, que se le atribuyen, son tres que en adelante se harán clásicas: la higiene física y mental que procura, la de ser propedéutica para la guerra y la lúdica, fundada en una razón económica, pues no «la pueden mantener ahondadamente» sino los Reyes (Alfonso X). Por todo ello, este tipo de caza pierde toda significación utilitaria –salvo la de preparación para la guerra– aunque naturalmente se consumiesen las reses cazadas. Prácticamente sus especies, aunque con densidades y distribuciones muy desiguales, eran las mismas de hoy. Son norma los acotamientos para ella en las extensas áreas de jurisdicción señorial y real.

Por el contrario, como ha probado LADERO, 1981, la caza *menor* es popular, utilitaria, y de subsistencia, actividad agraria secundaria sin duda, pero no tan marginal como se piensa y fuente muy principal de aportación proteínica en medio rural. Desarrollada sobre todo en los pueblos de realengo, con predominio de tierras libres, genera una fuerte presión cinegética, lo que probablemente impediría –salvo condiciones ecológicas excepcionales y de escaso poblamiento– la proliferación de la caza mayor.

La presión cinegética engendra medidas de protección, tendentes entre otros fines, a los siguientes: no extinción de la caza mayor ni especies de cetrería, por las que se interesaban reyes y señores; exclusión de la caza a los forasteros; períodos de veda y prohibición de determinadas artes «para que no se destruya la caza»; limitarla o prohibirla en las dehesas de propios y sobre todo en sembrados, viñedos y otras heredades. Esto último está en relación con el tema, omnipresente en el mundo medieval, del conflicto entre caza y agricultura y ganadería.

La caza como menester de Príncipes y Reyes en la Edad Moderna

La caza –excepto la menor y ni siquiera la volatería– sigue siendo privilegio de los poderosos como en la Edad Media. Sólo que ahora este privilegio adquiere caracteres de verdadero delirio con reyes como Felipe III, IV y Carlos III y IV, cuya principal ocupación, si no exclusiva en algún caso, era cazar. Las repercusiones de ello son muchas, por ejemplo: artísticas, confor-

mación de un patrimonio real cinegético que alcanza ahora su cénit, cacerías que se erigen en los festejos por antonomasia de la época.

Por lo demás, las virtudes de la caza que resaltan los grandes tratadistas modernos son las mismas que las de los textos medievales. No obstante, cabe significar que Sancho en el Quijote articula objeciones muy serias a la caza, en la línea de una literatura anticaza que es una realidad, a saber: su peligrosidad; que «consiste en matar a un animal que no ha cometido delito alguno»; que puede originar el abandono de importantes deberes por lo que «más ha de ser para los holgazanes que para los gobernadores».

Está fuera de duda que todas las actuales especies cinegéticas españolas —salvo alguna excepción— están presentes en los siglos XVI-XVIII y que son sobremanera abundantes en cazaderos reales y otros cotos señoriales. A esta afirmación general son posibles algunas precisiones sobre especies concretas de caza mayor, a las que hemos de renunciar.

Un acontecimiento técnico de importancia capital en la Edad Moderna es el que se produce con el cese de la ballesta y el triunfo del arcabuz. Basta para probar este aserto la opinión de MARTÍNEZ DE ESPINAR:

«En los tiempos presentes cesó lo ballesta y así mismo se acabaron los grandes ballesteros; porque ya los hombres no buscan delgadezas, después que no les aprovecha a las aves sus alas, ni a los animales su astucia y ligerezas, ni las intratables espesuras donde se esconden, que el arcabuz le facilita todo al hombre; y así, en cualquier parte, animales y aves rinde a la muerte».

La reacción inmediata a este estado de opinión es la Pragmática de 1611, que recogiendo otros antecedentes de Carlos I (1552), manda «que ninguna persona, de cualquier estado, y calidad, y condición que sea osado de caçar ningún género de caça con arcabuz ni escopeta, ni con otro tipo de pólvora, ni con vala, ni con perdigones de plomo, ni de otra cosa, ni al bue-lo». Pero poco después se impuso la derogación de esta prohibición porque la generalización del arcabuz era imparable. No obstante, en nuestra opinión ello no supuso, como defiende CASARIEGO, 1978, que este es el momento «cuando España se convirtió en un país de cazadores y escopeteros», entre otras razones, porque el derecho a cazar, sin distinciones y para todos los españoles, y la amortiguación de los privilegios de caza es tarea del siglo XIX. Mientras tanto el monopolio de la caza mayor durante la Edad Moderna originó, según el DUQUE DE ALMAZÁN, 1934

«un aumento tan considerable de las especies de caza mayor, que acabaron por constituir un peligro serio para la agricultura. Los labradores veían sus cosechas devoradas en verde por los animales de pelo y de cerda, y para luchar con ellos tropezaban con restricciones severísimas, que motivaban quejas y lamentos cada vez más frecuentes y doloridos».

La revolución cinegética del siglo XIX y principios del siglo XX

Como KAUSTKY, 1974 puso en evidencia a nivel europeo, es entonces –siglo XIX– cuando Francia y Alemania acabaron con el privilegio feudal de la caza hasta ahora a favor de la realeza o aristocracia, y en España definitivamente en 1837, tras varios intentos desde las Cortes de Cádiz, se establece que

«...todos los españoles pueden cazar, sin otras trabas ni limitaciones que las que a todos imponen la justicia, la equidad y la conveniencia colectiva o social.»
(ARGULLOL, 1984)

La consecuencia lógica de ello es un hecho clave del siglo XIX, repetido hasta la saciedad por todos los tratadistas cinegéticos, la popularización de lo caza, que sin ambages constataba así el agudo F. TROCHE, 1983:

«...con la propagación de las escopetas desde la guerra de la Independencia y con los vicios introducidos en la población, es ya la caza de todos..., hormiguean cazadores que ni saben cazar ni hallan a qué tirar.»

Pero junto a esta popularización y ligada con ella, aunque no exclusivamente, aparece también la disminución de la caza, hecho incontrovertible, aunque se puedan discutir los detalles y se deban esclarecer su magnitud y diversos extremos. Las causas de esta minoración son más generales unas, más específicas otras, estrictamente cinegéticas algunas, de carácter agrario general el resto. Así las sintetiza con bastante precisión el mismo TROCHE:

«La disminución de la caza depende de la disminución de los bosques y dehesas en que se guarecía y criaba, por haberse reducido a cultivo; en el aumento de casas de campo y lugares que ocupan lo que antes era monte; en la abolición o suspensión de señoríos cuyos territorios eran sus guaridas porque nadie entraba en ellos, y aún hoy los conocen y se inclinan a refugiarse en ellos, aunque en vano, todos los animales que cazamos, y en haberse multiplicado los cazadores...»

De todas estas causas, por su importancia y porque conviene a nuestra argumentación, quiero resaltar este hecho ya aludido: el siglo XIX supone el triunfo generalizado de la agricultura y en menor medida de la ganadería, quedando la caza reducida a actividad meramente marginal, y especialmente la mayor, que se acantona en espacios serranos muy concretos. Las consecuencias de cuanto precede podemos sintetizarlas así:

1º Hay cambio en las justificaciones de la actividad venatoria, pues al no ser ya posible considerarla como «escuela de guerra», se resalta su clásica consideración de tónico físico y psicológico, apareciendo también la nueva de medio de contacto con la naturaleza e incluso su importancia económica (MILÁNS DEL BOSCH, 1984).

2º Entre los cazadores van ganando importancia los de origen urbano: por el proceso general de urbanización, porque la aristocracia deja de ser rural, porque la ciudad es insalubre, porque el ferrocarril permite largos y rápidos desplazamientos etc. Se avizora también en este hecho la posterior consideración de los espacios cinegéticos como señuelo para atraer el dinero de los cazadores urbanos.

3º Al amparo del triunfo generalizado de la mentalidad y quehacer productivista de agricultores y ganaderos se originan graves daños ecológicos: incendios forestales inmensos provocados para facilitar los pastos (COVARSI, 1985); extinción casi total de especies faunísticas cazables, con su cénit en la crisis de finales del siglo XIX e inicios del XX en que casi se pierden cabra hispánica, rebeco, oso y algunas aves migrantes (CHAPMAN y BUCK, 1910); reducción por desecación y roturación de zonas húmedas; e incluso la paradójica disminución de aves insectívoras, roedores, rapaces y omnívoros que perjudican a la agricultura por el aumento de las plagas agrícolas. En suma, agricultores y ganaderos eran antes los que clamaban ante el privilegio de cazadores, son ahora los venadores los que no cesan en sus lamentos ante una fauna cinegética que languidece.

Parece, no obstante, que en el tránsito del siglo XIX al XX, con la llamada «montería romántica» y la «nueva época de oro de la montería española» se palía esta prolongada crisis cinegética y se recupera la actividad. Yo dudo, no obstante, que este esplendor montero fuese generalizado y extenso geográficamente. Y en todo caso, tras él, la caza y en especial la montería periclitán con el advenimiento de la II República, que en expresión del CONDE DE YEBES 1943 «le dió la estocada, y la guerra, la puntilla». Su recuperación en la postguerra es al principio lenta y difícil, espectacular y asombrosa después, constituyendo lo que hemos denominado el «boom» cinegético español.

Las tres etapas del «boom» cinegético

La síntesis precedente, tanto por lo que a la geografía cinegética se refiere como respecto a las claves fácticas e ideológicas de su evolución, nos parece que explica la tradición acendrada en el país de esta actividad, su conflictividad secular y, por supuesto, de alguna manera fundamenta también la emergencia del «boom» cinegético reciente, cuyos indicadores, tipos de cazadores, causas en implicaciones con el desarrollo local ya hemos analizado. Resta ahora considerar cómo este «boom» no es una etapa homogénea sino que se ha configurado según períodos de características matizadamente distintas.

URQUIJO, 1981, cronista cinegético fiel y sistemático de esta etapa –1939 a la actualidad–, la subdivide en tres periodos de fronteras, según él, ni claras ni precisas: el de «expansión o desarrollo» de 1939 a 1952-53; el de «abundancia y armonía en la sierra» hasta 1966 y el de «declinación de la montería» hasta la actualidad. Creo que un útil ajuste de esta periodización, llevaría a prolongar el primero hasta 1959, año del Plan de Estabilización, de tanta repercusión en la historia reciente española, y el segundo hasta la promulgación de la Ley de Caza de 1970. He aquí las características de estos tres periodos:

A) *Período de expansión o desarrollo (1939-1959)*. Según el autor citado y refiriéndose especialmente a la montería, en él aparecen los siguientes rasgos:

- Escasez de piezas, especialmente venados, con existencia de pocas fincas bien guardadas.

- Número reducido de monteros y rehalas y por ello predominio de la montería tradicional, en la que jugaban un gran papel capitanes de montería, postores y guardas, pues eran problemas fundamentales la elección de la mancha, su registro y la adecuada colocación de las escopetas.

- Dificultades para disponer de vehículos de motor y falta de armas y municiones.

- Ausencia de caminos serranos, cortaderos etc. y escasez de alojamientos confortables.

En conjunto, nos parece que esta es la etapa a la que Delibes ha dedicado páginas magistrales, en la que Berenguer sitúa su relato sobre Juan Lobón, a la que se refiere García de Munuaga y, geográficamente, el momento en que la sierra no tiene aún un uso cinegético exclusivo sino que conviven en difícil pero grandioso equilibrio aprovechamientos variados, que la crisis agraria aún no había hecho incompatibles. En buena parte es el mundo plasmado en Los Serreños (URQUIJO, 1986) y la sierra que en su día dio a conocer PARSONS, 1966 en un artículo importante.

B) *Período de abundancia y armonía (1959-1970)* Ésta puede ser su esencial caracterización:

- 1º Aumento desusado de animales de caza, de capturas y de tierras cinegéticas antes yermas al respecto. Las causas de lo primero son: medidas de protección, prohibición de tirar a las hembras y crías, guardería, disminución por la crisis serrana de otros usos agrarios. El aumento de las capturas origina un empeoramiento de los trofeos.

2º Mejora sensible de las carreteras secundarias y caminos de acceso a las fincas que se hacen transitables para automóviles y camiones y, sobre todo, para los todoterreno que hacen su aparición. En infraestructura, también hay modernizaciones de viviendas rurales e instalaciones hoteleras en los pueblos cercanos.

3º Hecho mayor es el aumento de la demanda de caza a causa del aumento del nivel de vida, lo que conlleva una serie de consecuencias económicas (encarecimiento para los demandantes; mercantilización por parte de la organización; arriendo de cotos por los intermediarios etc.) técnicas (mejora de armas y municiones, mecanización completa de cazaderos, transporte de rehalas, desplazamiento a los puestos etc.), cinegéticas (pérdida de importancia del maestro de sierra por existencia de cortaderos, aumento de monteros, rehalas y podenqueros, ayudantes etc. y complejidad de la organización) y sociológicas (la caza por ostentación, para trabar relaciones, para hacer negocios etc.)

4º La sierra meridional española se va configurando como exclusiva para caza y, aunque es difícil desterrar otros usos entonces muy en boga, según la ideología oficial, como es el forestal, la generalización de los cerramientos es como el símbolo de este triunfo de lo cinegético, que quierase o no, presenta serias dificultades para cohonestarse con ganadería, obtención de madera etc.

C) *La declinación (1970...)*. En relación con la anterior etapa creo que no aparecen en ésta nuevos hechos sino que se profundizan las causas y se generalizan las consecuencias, y todo ello, en un marco legal reglamentario —el de 1970— creado *ad hoc* para el caso. Así ocurre:

1. Cada vez fue llegando a la caza más gente.
2. Sube de precio de forma superlativa y la mercantilización puede penetrar todos los entresijos.
3. Por ello cambian usos, costumbres, técnicas y ética de la práctica cinegética.
4. La escalada del neofurtivismo se presenta como «funesta y abominable».
5. Generalización de los cerramientos, que, no obstante, es sólo un aspecto —aunque el más importante— de lo que se puede llamar un *aménagement* cinegético completo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALFONSO XI (1976) *Libro de la Montería*. Edición de José Gutiérrez de la Vega, introducción de J.E. Casariego. Madrid. Ediciones Velázquez, XL + 339 pp.
- ALMAZÁN, duque de (1981) *Historia de la Montería en España*. Barcelona, Instituto Gráfico Oliva de Vilanova, 1934, XXIV + 548 pp. Edición facsímil.
- ANDRÉS, G. de (1978) «Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV según el Libro de la Montería de Alfonso XI». *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. I, T. XV, pp. 27-57; II (1979), T. XVI, pp.17-45; III (1980), T. XVII, pp. 25-40; IV, (1981), T. XVIII, pp. 9-22; V, (1982), T. XIX, pp. 269-283; VI, (1986), T. XXIII, pp. 147-163; VI, (1988), T. XXV, pp. 457-475.
- ARGULLOL, J. de (1984) *La caza bajo el punto de vista histórico, filosófico e higiénico*. Madrid, Libros Raros de Caza. Curiosidades bibliográficas del siglo XIX, Guillermo Blázquez, 47 pp. (1ª ed. 1894).
- BALEDENT, H. (1986) «Perfil del turista cinegético francés de caza menor» *Actas de las II Jornadas de Turismo Cinegético* (Córdoba, 1985). Madrid, Dirección General de Política Turística, Servicio de Actividades Turísticas, pp. 51-67.
- BERENGUER, L. (1983) *El mundo de Juan Lobón*. Madrid, Espasa Calpe, 315 pp.
- CECILIA GÓMEZ, J.A. y MARTÍNEZ GARRIDO, E. (1986) *Manchas de Caza Mayor*. Madrid, Ediciones El Viso, 430 pp.
- COVARSI, A. (1985) *Narraciones de un montero y práctica de caza mayor*. Introducción de Manuel Terrón. Madrid, Ediciones de Arte y Bibliofilia, LVIII + 36 pp. (1ª ed. 1988).
- (1985) *Trozos venatorios y prácticas cinegéticas*. Madrid, Ediciones de Arte y Bibliofilia, 368 pp. (1ª ed. 1911).
 - (1985) *Grandes Cacerías Españolas*. T. I y II. Madrid, Ediciones de Arte y Bibliofilia, 317 + 350 pp. (1ª. ed. 1919 y 1920).
 - (1985) *Entre Jaras y Breñales*. Madrid, Ediciones de Arte y Bibliofilia, 395 pp. (1ª. ed. 1927).
- CHAPMAN, A. y BUCK, W.J. (1963) *España Agreste*. Madrid, Sociedad de Bibliófilos Venatorios, 475 pp. (1ª. ed. 1893).
- (1989) *La España Inexplorada*. Estudio introductorio de Antonio López Ontiveros. Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Patronato del Parque Nacional de Doñana, LXXII + 456 pp. (1ª. ed.1910).

GARCÍA DE MUNUAGA, E. (1988) *Medio siglo cazando. Relatos costumbristas cinegéticos*. Madrid, Editorial Casariego, 283 pp.

HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1952) *El solar en la Historia Hispana*. Madrid, C.S.I.C., pp. 270-300.

KAUSTKY, K. (1974) *La cuestión agraria. Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*. 2ª. ed. Barcelona, Editorial Laia, 501 pp. (1ª. ed. alemana 1899).

LADERO QUESADA, M.A. (1980) «La caza en la legislación municipal castellana. Siglos XIII al XVIII». *España Medieval, Homenaje al Profesor Julio González*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, pp. 193-221.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1980) «El desarrollo reciente de la caza en España». *Supervivencia de la Montaña*. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña. Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, Ministerio de Agricultura, pp. 271-297.

- (1986) «Caza y actividad agraria en España y Andalucía: su evolución reciente». *Agricultura y Sociedad*, 40, pp. 67-98.
- y GARCÍA VERDUGO, F. (1987) «Actividad cinegética y turismo en España». *Actas del IV Coloquio Nacional de Geografía Agraria*. Universidad de La Laguna, A.G.E., pp. 95-106.
- y VALLE BUENESTADO, B. (1987) «Implicaciones agrarias del turismo cinegético español». *Actas del IV Coloquio Nacional de Geografía Agraria*. Universidad de La Laguna, A.G.E., pp. 85-94.
- y VALLE BUENESTADO, B. y GARCÍA VERDUGO, F. (1988) «Caza y paisaje geográfico en las tierras Béticas según Libro de la Montería». *Actas del V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía entre Oriente y Occidente (1236-1492)*. Córdoba, Excm. Diputación Provincial de Córdoba, pp. 281-307.
- y VALLE BUENESTADO, B. (dir.) (1989) *Caza y explotación cinegética en las provincias de Córdoba y Jaén*. Córdoba, I.A.R.A., Servicio de Estudios e Informes, Consejería de Agricultura y Pesca, Junta de Andalucía, 157 pp.
- y OTROS (1990) *Bibliografía cinegética de España y Andalucía*. Sevilla, Instituto Andaluz de Reforma Agraria, 144 pp.
- (1991) «Algunos aspectos de la evolución de la caza en España». *Agricultura y Sociedad*, 58 pp. 13-51.
- y GARCÍA VERDUGO, F. (1991) «Geografía de la caza en España». *Agricultura y Sociedad*, 58 pp. 81-112.

- MARTÍNEZ DE ESPINAR, A. (1976) *Arte de Ballestería y Montería*. Introducción de E. Trigo de Yarto. Madrid, Ediciones Velázquez, XV + 253 pp.
- MARTÍNEZ GARRIDO, E. (1982) *Estudio geográfico de la caza en el sector de los Yébenes (Toledo)*. Toledo, Caja de Ahorros Provincial de Toledo, 174 pp.
- METRA SEIS (1976) *Estudio para la evaluación de la contribución de los aprovechamientos cinegéticos a los objetivos de la comunidad nacional*. Madrid, Agrupación Nacional de Producción y Aprovechamiento de Especies Cinegéticas, 269 ff.
- METRA SEIS (1986) *Turismo cinegético en España*. Madrid, Ministerio de Transportes, Turismo y Comunicaciones, Secretaría General de Turismo, 276 ff.
- MILÁNS DEL BOSCH (1984) *La caza. Utilidad de su conservación*. Madrid, Libros Raros de Caza. Curiosidades bibliográficas del siglo XIX, Guillermo Blázquez, 70 pp. (1ª. ed. 1876).
- MORALES PRIETO, P. de (1977) *Las monterías de Sierra Morena a mediados del siglo XIX*. Madrid, Editorial Velázquez, 232 p.
- PARSONS, S.D. (1966) «La economía de las montaneras en los encinares del suroeste de España». *Estudios Geográficos*, 103, pp. 309-329.
- TAMARIZ DE LA ESCALERA, F. (1978) *Tratado de la caza del vuelo*. Con tres apéndices. Estudio preliminar y notas de J.E. Casariego. Edición fac-símil. Madrid, Ediciones Velázquez, 264 pp.
- TERRÓN ALBARRÁN, M. (1975) «De la panorámica de la caza en Extremadura». En ORELLANA, C. (dir.) *Los libros de la Caza Española*. Madrid, Editorial Orel, pp. 473-520.
- TROCHE Y ZÚÑIGA, F. (1983) *El cazador gallego con escopeta y perro*. Prólogo de A. Berruezo Jiménez. Estudio preliminar de J. Mª. Álvarez Blázquez, 207 pp. (1ª ed. 1837).
- URQUIJO, A. de (1981) *Umbría y Solana. Recuerdos y diálogos de montería*. I. «Con trabuco y caracola». II. «La flor de la jara». III. «El tornillazo». Madrid, Ed. Giner, 3 vols.
- (1986) *Los Serreños (Relatos cinegéticos y camperos de Sierra Morena)*. Sevilla, El Olivo S.A., 221 pp.
- VALLE BUENESTADO, B. (1978) «Los cotos de caza mayor en la provincia de Córdoba. Notas para su estudio geográfico». En *Medio Físico, Desarrollo*

llo Regional y Geografía. V Coloquio de Geografía (Granada 1977). Granada, Facultad de Filosofía y Letras de Granada, pp. 589-595.

YEBES, conde de (E. Figueroa y Alonso Martínez) (1948) *Veinte años de caza mayor*. Prólogo de José Ortega y Gasset. Madrid, Ed. Plus Ultra, 329 pp. (1ª. ed. 1943).